

## CAPITULO XXXVII.

Asuntos de los Países-Bajos.--Salida del duque de Alba.--Su llegada á Italia.--Marcha entendida que emprende desde los Alpes hasta la frontera de Flandes.--Su entrada en este país y entrevista con la princesa gobernadora.--Providencias del duque de Alba.--Prisiones de los condes de Egmont y de Horn.--Descontento de la princesa gobernadora --Solicita ésta y consigue del rey su salida de los Países-Bajos.--Instala el duque de Alba el tribunal de los Doce.--Rigores y castigos.--Se condena por traidor al príncipe de Orange, ausente, y á otros señores flamencos que se hallaban prófugos.--Preparativos mútuos para una próxima guerra.--Invasión de los Países-Bajos.--Derrota del conde de AreMBERG por Luis, conde de Nassau.--Enjuiciamiento y suplicio de los condes de Egmont y de Horn (1).

1567—1568.

SE puede decir que la partida del duque de Alba para los Países-Bajos, dió principio á una época en la historia de aquellas ricas posesiones. Es difícil indicar la direccion que hubiesen tomado sus negocios, á no haber adoptado Felipe II esta medida; mas es un hecho que dió nuevo pábulo al fuego del descontento y odio al yugo español que profesaban los flamencos. Era imposible designar un hombre menos popular en el país, ni que fuese mirado con mas antipatía por parte de sus grandes. Como de esto nada podía ignorar el rey de España, se puede considerar la providencia mas como de terror para acabar de humillar á los Países-Bajos, que de precaucion para tenerlos en la obediencia que le debian como súbditos. No olvidemos que en aquella ocasion se hallaban apaciguadas las turbulencias, y que la princesa Margarita acababa de rogar al rey su hermano que se presentase en Flandes, no como un señor que va á castigar, sino como

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXVII y XXVIII.

un padre á quien ofrecian y daban garantías de futura obediencia sus hijos extraviados. Mas la partida repugnaba mucho al rey de España, y tratándose de súbditos, sobre todo de súbditos herejes, era el carácter de padre el que menos cuadraba con el suyo.

Fueron todas estas representaciones de ningun efecto. Contestó el rey que si bien estaba en ánimo de presentarse en los Países-Bajos, creia mas prudente el que le precediesen tropas, que al mismo tiempo de afianzar la sumision del país, aumentasen el temor y respeto á su persona. Que si Flandes estaba sujeto, el aparato de fuerzas no estaria de mas, y que en caso contrario seria indispensable para tener á raya á los que intentasen promover nuevos alzamientos. Mas era probable, y la experiencia lo confirmó despues, que el rey no trataba seriamente de salir, y que segun su modo de juzgar el estado del país, creyó que por ninguno estaria mejor representado en Flandes que por el duque de Alba.

Inmediatamente que fué nombrado para esta expedicion, envió el rey orden á los vireyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, de que enviasen á Milan todos los tercios de tropas veteranas que allí debian ponerse á las órdenes del duque. Era preferible que emprendiese su marcha dirigiéndose á los Países-Bajos por lo interior de Francia; mas pareció el paso peligroso, tanto al soberano del país como al de España. Temió el primero que la presencia en Francia de los españoles exasperase los ánimos de los calvinistas, creyéndolos llamados para acabar de sujetarlos. Receló el segundo que la animadversion con que aquellos le miraban hiciese al rey Carlos empeñarse en algun paso hostil, tan natural por la antipatía de las dos naciones. Para evitar conflictos y no malograr desde un principio el objeto mismo de la expedicion, se determinó que el duque de Alba emprendiese su viaje por Italia.

Arribó éste á Génova á principios del año 1567, y de allí pasó á Milan, donde cayó enfermo. Mientras su

convalecencia, se fueron reuniendo todas las tropas que de las diversas partes de Italia se habian alistado, con las que el duque de Alba habia llevado de España, y en julio del mismo año pasó á todas revista este jefe superior, en Asti. No era el ejército numeroso, pues no pasaba la fuerza de diez mil hombres de infantería y mil y doscientos de caballería. No habia querido el duque de Alba admitir en las filas á gente bisoña, como penetrado de lo preferible que son buenos y pocos soldados, á los muchos sin disciplina y experiencia. Era la mayor parte de la infantería toda de españoles, divididos en cuatro tercios, al cargo de cuatro maestros de campo tambien españoles; el resto se componia de soldados alistados en Nápoles, Sicilia, en Milan, en las islas de Córcega y Cerdeña. Figuraban en este pequeño ejército capitanes ilustres, tanto españoles como extranjeros, conocidos por su pericia y valor en los combates. Se contaba entre los primeros á Fernando de Toledo, hijo natural del duque de Alba, comendador de Castilla, de la Orden de San Juan, y comandante de toda la caballería; Antonio de Olivera, á quien se encomendó un cargo hasta entonces no conocido en el ejército español, á saber, el de comisario general de la caballería; Carlos Dávalos, hijo del marqués del Vasto; Bernardino de Mendoza; Camilo del Monte; Cristóbal de Mondragon; Sancho de Avila, alumno favorito del mismo duque de Alba en el arte de la guerra; Sancho de Londoño; Julian Romero; Alonso de Ulloa y otros varios. Entre los italianos, Chiapino Vitelli, que era maestro de campo general; Francisco Paciotto de Urbino, muy entendido en fortificaciones, y que pasaba por el primer ingeniero de aquel tiempo; Gabriel Serveloni, general de la caballería; Curcio, conde de Martingengo; Nicolás Basti, con otros de no poca nombradía. Se dividió el ejército en tres trozos, capitaneados: el primero por el mismo duque de Alba; el segundo por su hijo don Fernando de Toledo y Sancho de Londoño; y el tercero por el maestro general de campo Vitelli. Cuidó

el duque de Alba de introducir en este ejército el órden mas exacto, la disciplina mas severa, y de uno y otro se dió el mayor ejemplo en la marcha dilatada que tuvo que hacer hasta llegar á su destino. Iban delante Francisco Ibarra, proveedor del ejército, y Gabriel Serveloni, con objeto de reconocer los caminos, hacer los alojamientos, y preparar los víveres necesarios, observándose el método de pernoctar en el mismo punto consecutivamente los tres cuerpos. Empezó su camino con direccion al monte Cenís, y pasó á la Saboya por la misma ruta que cerca de diez y ocho siglos antes habia emprendido Aníbal. Continuó su marcha por la frontera oriental de la Borgoña y por la occidental de la Lorena, teniendo gran cuidado de no atravesar el territorio perteneciente al rey de Francia. Observaba sus pasos por la izquierda un cuerpo de cuatro mil franceses mandados por el mariscal de Tavannes, á fin de impedir toda violacion de territorio. Lo mismo hizo por la derecha un cuerpo de ginebrinos, temiendo una sorpresa del general español; mas tal fué la circunspeccion del duque de Alba, que no ocurrió el menor choque en el camino. Para encarecer la disciplina observada por los españoles en tan larga marcha, se cuenta que no ocurrió en toda ella mas desórden que el robo de tres reses que costó la vida á sus autores.

Con la aproximacion del duque de Alba á los estados de Flandes, crecieron las inquietudes y los miedos de los que tanto se habian asustado con su nombramiento. Fué la princesa gobernadora la que mas se incomodó al ver que á pesar de sus representaciones se realizaba al fin la llegada de un ejército y de un jefe que en su opinion iban á causar al país tan grandes males. Ademas de la carta escrita al rey de España, de que hemos hablado anteriormente, le habia escrito otras exponiéndole siempre los gravísimos males que iban á seguirse del envío de un ejército. Algo habia calmado Felipe II sus temores anunciándola que á la llegada de su ejército seguiria la de su persona, previniéndola que tuviese dispuesta una

flota para salirle á recibir cuando tuviese la noticia de su próxima salida. Mas sin duda el rey de España anunció lo que no estaba en su mente ejecutar, como así lo hizo ver el resultado; por lo menos ya estaba la princesa Margarita desesperanzada de su arribo, cuando la presentación del duque de Alba en el territorio de los Países-Bajos. Así nada pudo suavizar en su ánimo cuanto tenía de amargo para ella la llegada de tan terrible personaje.

Hizo su entrada el duque de Alba en los Países-Bajos con toda la pompa y esplendor que le daban su cargo importante, y el ejército lucido, aunque no muy numeroso, que le acompañaba. Recibió en Luxemburgo el refuerzo de dos coronelías ó regimientos de alemanes. Salieron muchos grandes del país á recibirle á la frontera, unos por afición, los mas de miedo; tal era la aprension que en general causaba su presencia.

Distribuyó el duque la mayor parte de sus fuerzas en diversos puntos, destinando una fuerte division á la plaza de Amberes, cuyo gobierno se encargó á Londoño. Con la que restaba hizo su entrada pública en Bruselas, imponiendo respeto á la muchedumbre, y pavor en cuantos tenían algun motivo para augurar mal de su llegada. Seguido de un acompañamiento lucido y numeroso, se presentó en el palacio de la princesa gobernadora, quien le recibió con toda la ceremonia debida á su carácter. En presencia de la corte entregó el duque á Margarita el despacho ó provision real que le nombraba jefe supremo y director de todos los negocios militares y de guerra en los Países-Bajos, dejando intacta la autoridad de la princesa en los civiles. Mas cuando quedaron solos para conferenciar en privado, le enseñó otras instrucciones en que las facultades del duque resultaban ser mas amplias que en el despacho ostensible, pues no solo se le confiaba el gobierno absoluto de las armas, sino poder para levantar fortalezas, deponer autoridades, y entender en las causas de los alborotos pasados y castigo de los delincuentes. Todavía no satisfizo entonces el duque de Alba la curio-

sidad de Margarita en un asunto que tanto le importaba, pues habiéndole preguntado la princesa si tenía mas que exponer, le respondió el general español que aún le quedaban muchas cosas que decir, mas que las iria manifestando poco á poco, segun ocurriese la ocasion, no pudiendo comunicarlas todas en una conferencia.

Debió de considerar Margarita de Parma desde aquel momento como nula su autoridad en los Países-Bajos. De tan amplios poderes conferidos al duque de Alba, se quejó amargamente al rey, haciéndole ver por la tercera ó cuarta vez las calamidades de que iba á ser objeto el país, con el despliegue de una fuerza y de un rigor innecesarios en aquellas circunstancias. Mas Felipe II habia tomado su partido. Sea que hasta entonces estuviese satisfecho ó no de la conducta y política de la princesa gobernadora, creyó que el duque de Alba seria un órgano mas fiel de sus voluntades y opiniones. La mision del duque no era pues de calmar, de reducir los ánimos á la obediencia por la via de templanza y consideraciones, sino de inspirar terror por medio de castigos. Ninguno habia mas capaz de satisfacer estas miras que el duque de Alba, hábil capitan, jefe inflexible, católico intolerante, despótico por carácter, por educacion y por principios. Los de su mando fueron castigar y sujetar á los rebeldes, esterminalos, si era posible, á los enemigos del catolicismo, y producir por todas partes escarmientos.

Creyó oportuno el duque de Alba comenzar sus medidas de rigor con los grandes del país, promotores principales, en su opinion, de los pasados alborotos, resortes activos, tanto en secreto como en público, de la impopularidad y hasta del odio con que era mirado el rey de España. Eran los principales objetos de su animadversion los condes de Egmont y Horn, que habian hecho el principal papel despues del príncipe de Orange. Para hacerse dueño con mas facilidad de sus personas, convocó los principales grandes á Bruselas, á fin de conferenciar con ellos sobre los negocios del Estado. No sospechó

nada el conde de Egmont, hombre sencillo, incapaz de suponer en otros sentimientos que su pecho no abrigaba; pero el de Horn, mas cauto, se mantenía á mayor distancia del general español, del que tanto desconfiaba. En vano trató de inspirar al otro sus temores, en vano le hizo ver el peligro de asistir adonde los llamaba el duque de Alba. Insistió el primero en su resolución, y el conde de Horn se vió en la precisión de acompañarle.

Se verificó la conferencia por noviembre de 1567, y en el palacio de Bruselas se reunieron los grandes que habia convocado el duque de Alba. Habia tomado éste todas las providencias oportunas para dar su golpe con mas seguridad, poniendo guardia de españoles al mando de Sancho de Avila, que gozaba de toda su confianza. Despues de haber hablado á los grandes de cosas generales, llamó á un cuarto vecino al conde de Egmont, y le dijo con acento entre airado y grave: «Sois preso por orden del rey; entregadme vuestra espada.» Turbado el conde con este golpe inesperado, mas sin perder su entereza, respondió: «Obedezco la orden del rey; aquí está mi espada, que tantas veces se ha desenvainado en su servicio.» Mientras se verificaba la prision de Egmont, se practicaba lo mismo con el conde de Horn por capitanes adictos al duque, y en seguida fueron ambos conducidos al castillo de Gante, donde quedaron encerrados.

Mientras estas prisiones se verificaban, tomaban las tropas de la guardia del palacio todas las medidas que podian imponer á la muchedumbre, haciendo despejar las calles inmediatas. Por el pronto no se quiso creer en Bruselas este paso contra personas que merecian y habian alcanzado la popularidad del pais; mas pronto se disipó la incertidumbre, cubriéndose de luto la ciudad con esta noticia inesperada. El terror que inspiraba el duque de Alba, hizo comprimir en el silencio estos sentimientos de dolor y de desesperacion, consolándose al mismo tiempo muchos con la idea de que el príncipe de

Orange habia sabido evitar la suerte de sus compañeros, y que probablemente se veria pronto con los medios de venir á libertar al pais de la servidumbre dura que le amenazaba.

La princesa Margarita, sin cuyo conocimiento se habian hecho estas prisiones, se llenó de indignacion cuando se las comunicó de oficio el duque de Alba, manifestándole que no se le habia dado previo aviso, por evitarle el odio de que hubiera sido objeto la princesa en el pais, á ser ejecutadas de su orden. Mas no templó esto el resentimiento de la gobernadora, penetrada mas y mas de lo falso de su posicion, y convencida de que no ejercia en el pais mas que una autoridad nominal, indecorosa para su persona. Hizo con este motivo una exposicion al rey de España, en que sin quejarse de nadie, le pedia encarecidamente la exonerase de un cargo en que habia perdido su salud, y para cuya continuacion le faltaban ya las fuerzas, quebrantadas con los cuidados y afanes que le habian causado tantos conflictos de que habia sido Flandes teatro en los nueve años que llevaba de administracion, haciéndole ver al mismo tiempo que ya era inútil su persona, estando revestida con tan grandes cargos la del duque de Alba. Para acabar con este asunto, aunque nos adelantemos un poco en el orden cronológico, diremos que el rey acogió con todo favor esta exposicion, como quien deseaba probablemente deshacerse de la persona de la princesa Margarita. Asi accedió á su súplica, y la escribió una carta muy atenta en que la daba las gracias por lo bien que se habia conducido en la administracion de los Países-Bajos, concediéndole permiso para retirarse á Italia. Con esta licencia dirigió Margarita á los estados una carta de despedida, entregando el mando al duque de Alba; y acompañada por éste hasta la frontera, tomó el camino de Parma, donde la aguardaba su marido Octavio.

Se sintió mucho en Flandes la salida de la duquesa de Parma, por la comparacion entre su persona y la del

gobernante que la sucedía. Aun prescindiendo de esta consideración, es un hecho que la princesa Margarita desplegó tino en su administración, y que no era extraña á las artes de gobierno. Convienen todos los historiadores en que estaba adornada esta mujer de prendas varoniles, y alegan como una de las pruebas, que se hallaba sujeta á los achaques de la gota. La asociación del cardenal Granvella, en lugar de aliviarla el peso del gobierno, no hizo mas que crearla nuevos embarazos, por la odiosidad de que fué blanco la persona del prelado. Colocada entre tantas pasiones é intereses, que mutuamente se chocaban y excluían, tuvo que valerse de gran circunspección, y no pocas veces que recurrir al disimulo. Necesitó ser astuta y sagaz, fingir simpatías y hasta antipatías, según lo pedía la ocasión, pues si faltó muchas veces á la sinceridad, del mismo modo la trataban hasta los que mas se la vendían por amigos. Fué activa en su gobierno; no perdió de vista nada de cuanto podía interesarla; no era descuidada en emplear espías para saber los pasos, tanto de los amigos como de los enemigos, y no perdonó ocasión de informar al rey del verdadero estado de las cosas. Cedia á la tempestad cuando no tenía fuerzas para combatirla. Inmediatamente que podía recuperar el ascendiente, usaba de su superioridad y no era remisa en oprimir con mano fuerte á sus contrarios. Fueron sus últimos consejos al rey dictados por el espíritu de la prudencia, y si se mezclaba en ellos su propia personalidad, redundaban mucho mas en el bien del país y en los verdaderos intereses de su hermano. El mejor elogio de la princesa de Parma es la administración de sus tres primeros sucesores en el gobierno de los Países-Bajos; y si algo la pudo consolar del desvío ó ingratitud del rey, debieron de ser las desgracias que produjo en Flandes la presencia del hombre á que la había pospuesto.

Fué la prisión de los condes de Egmont y de Horn una medida de rigor, pero no un acierto. Si el duque

de Alba hubiese cogido en el palacio de Bruselas todos los magnates de los Países-Bajos que influían en la muchedumbre, se podría tal vez decir que había cortado de una vez todas las cabezas de la hidra; pero los mas de estos grandes estaban prófugos; el principal, que era el príncipe de Orange, se hallaba salvo en sus estados de Alemania. Por eso el cardenal de Granvella, á la sazón en Roma, al saber la prisión de los dos condes, preguntó si entre ellos se hallaba el Taciturno, y al decirsele que no, repuso: «No ha pescado gran cosa el duque de Alba;» dicho agudo y sentencioso, que anunciaba claramente el resultado que iba á tener aquella providencia tan á medias.

Después de la prisión de los dos condes fué instalado por el duque de Alba un tribunal especial, compuesto de doce individuos, para entender en las pasadas turbulencias, llamado con este motivo el tribunal de rebeliones y castigos. En el público se conocía mas comunmente con el nombre de *tribunal de sangre*, por la mucha que vertía. La mayor parte de sus individuos eran españoles, y el resto se componía de algunos personajes del país, encarnizados enemigos de todos los agitadores. Era su presidente el mismo duque de Alba; el que dictaba definitivamente las sentencias, pues los otros jueces no tenían en cierto modo mas que un voto consultivo. Citó el tribunal por orden del duque á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, Antonio Lañi, conde de Hogstrart, al conde de Culemburgo, Florencio Palanti, á Guillermo, conde de Bergues, á Enrique de Brederoode y otros señores fugitivos, para que viniesen á responder á los cargos que se les hacía. Mas ellos respondieron desde afuera por medio de un escrito, que siendo caballeros del Toison de Oro, solo podían ser juzgados por el rey y por sus pares. Añadió el príncipe de Orange el paso de dirigirse al emperador y á los príncipes del imperio, haciéndoles ver lo comprometido de su dignidad en permitir que el duque de Alba pasase adelante con su